DEBUT · BEGINNING

13

A WINTER MAGIC



A WINTER MAGIC

Ferdinando Frega

GILLETTE: UNA MAGIA DE INVIERNO

Una cálida ciudad mediterránea, dentro de las fronteras italianas, me había alojado durante sesenta y un años: un cuerpo inquieto en busca de su verdadera dimensión, y una mente que ya vivía en América.

Mi América. La que me hacía llorar cada vez que miraba la bandera, acelerándome el pulso de formas imposibles. La que un día me acogería, esperando recibirme en lo hondo de su tierra.

Fue aquel día cuando recibí una llamada de mi tía. Me dijo que mis abuelos habían muerto. Vejez.

Trescientos kilómetros nos separaban, pero nada ni nadie habría podido detenerme. Subí al coche y conduje. Cuatro horas después, llegué.

La casa estaba cerrada. Una vecina, en cuanto me vio, me saludó y me invitó a entrar a tomar un café. Pero mi tiempo no era ese.

Siempre tuve las llaves de la casa. Un rasgo típico de los Frega: prevenir el problema siempre es mejor que tener que encontrar la solución. Así éramos.

Entré. Todavía podía oler la casa, las habitaciones, los armarios, la cocina, y aquella chimenea que me había hecho compañía durante el invierno de 1977, cuando yo tenía solo doce años. Todo lo que se había ido ya no estaba allí. Pero los recuerdos seguían allí.

El instinto me empujó hacia el desván.

Dos ratoncitos me recibieron. Nada asustados. Estaban allí como si me hubieran estado esperando, como si tuvieran que guiarme hacia algo.

Me llevaron hasta una maleta de cartón, cerrada, cubierta por una espesa capa de polvo.

La curiosidad me empujó a abrirla. Los dos ratones parecían satisfechos, como si hubieran cumplido una tarea.

Dentro encontré un cuaderno.

Una caligrafía única, toda en mayúsculas, inconfundible. Era la de mi padre.

Un relato llevaba una fecha: 21 de febrero de 1955. Casualmente, el día exacto de mi nacimiento: solo cambiaba el año. Había escrito aquellas líneas diez años antes de que yo viniera al mundo.

Le escribía a Dios.

Pedía una familia, una esposa e hijos. Y uno en particular: un varón. Lo llamaría Ferdinando, como su padre. Pero su petición no terminaba ahí.

Empecé a llorar intensamente. Temía mojar el cuaderno, así que pasé al modo sollozo-sin-lágrimas. El que solo usaba en la vida, en presencia de mujeres: una de mis maneras de

hacerlas rendirse, una de mis maneras de hacer trampa. Soy Frega.

Su descripción de cómo quería que fuera su hijo era detallada. Y, sin alargarlo, al final me encontré a mí mismo. Quién soy.

Y aquel fue uno de esos momentos en los que me hice una sola pregunta: *¿Quién era mi padre?*

La genealogía hizo el resto. Porque junto con esa pregunta, con mi apellido, con lo que soy, la gente hoy pregunta siempre lo mismo: *¿Los Frega son de verdad, o son unos embaucadores?* Un poco de las dos cosas. Somos los Frega.

Mi padre le pidió a Dios un hijo.
Dios concedió la petición.
Pero la entrega salió mal.
El modelo era americano.
Llegó a Italia.

Nando